

- BELARDO. ¿Esperáis?
 D.^a BLANCA. Al alma mía.
 BELARDO. Por muy necia la condeno,
 pues se va al monte sereno
 y os deja hasta que es de día.
 BRAS (*Dentro.*) *Si vengo de Toledo,*
Teresa mía:
si vengo de Toledo,
y no de Francia.
 TERESA. Mas ya viene mi garzón.
 BELARDO. Á abrirle la puerta iré.
 TERESA. Con tu licencia sabré
 qué me trae, por el balcón.
 BRAS. *Que si buena es la albahaca,*
mejor es la cruz de Calibaca.
 (*Ha de haber unas puertas como de balcón, que estén hacia*
dentro, y abre Teresa.)
 TERESA. ¿Cómo vienes, Bras?
 BRAS. Andando.
 TERESA. ¿Qué me traes de la ciudad
 en muestras de voluntad?
 BRAS. Yo te lo diré cantando:
Tráigote de Toledo,
porque te alegres,
un galán, mi Teresa,
como unas nueces.
 TERESA. Llévele el diablo mil veces;
 ved qué sartal ó corpiño.
 (*Cierra juntando el balcón.*)
 D.^a BLANCA. ¿Qué te trae?
 TERESA. Muy lindo aliño:
 un galán como unas nueces.
 D.^a BLANCA. Será sabroso.
 BRAS. ¿Qué hay,
 Blanca? Teresa, ¡estoy muerto!
 ¿Qué, no me abrazas?
 TERESA. Por cierto,
 por las cosas que me tray.
 BRAS. Dimoños sois las mujeres:
 ¿á quién quieres más?

- TERESA. Á Bras.
 BRAS. Pues si lo que quieres más
 te traigo, ¿qué es lo que quieres?
 D.^a BLANCA. Teresa tiene razón;
 mas sentaos todos, y dí,
 ¿qué viste en Toledo?
 BRAS. Ví
 de casas un burujón,
 y mucha gente holgazana,
 y en calles buenas y ruines
 la basura á celemines,
 y el cielo por cerbatana;
 y dicen que hay infinitos
 desdenes en caras buenas;
 en verano berenjenas,
 y en el otoño mosquitos.
 D.^a BLANCA. ¿No hay más nuevas en la Corte?
 BRAS. Sátiras pide el deseo
 malicioso, ya lo veo,
 mas mi pluma no es de corte:
 con otras cosas, señora,
 os divertid hasta el alba,
 que al ausente Dios le salva.
 D.^a BLANCA. Pues el que acertare ahora
 esta enigma de los tres,
 daré un vestido de paño,
 y el de grana, que hice ogaño;
 á Teresa digo, pues:
 ¿cuál es el ave sin madre,
 que al padre no puede ver
 ni al hijo, y le vino á hacer
 después de muerto su padre?
 BRAS. ¿Polainas y galleruza
 ha de tener?
 D.^a BLANCA. Claro es:
 digan en rueda los tres.
 TERESA. El cuclillo.
 BRAS. La lechuza.
 BELARDO. No hay ave á quien mejor cuadre,
 que el Fénix, ni otra ser puede,

pues esa misma procede
de las cenizas del padre.

D.^a BLANCA. El Fénix es.

BELARDO. Yo gané.

BRAS. Yo perdí como otras veces.

D.^a BLANCA. No te doy lo que mereces.

BRAS. Un gorrino le daré
á quien dijere el más caro
vicio que hay en el mundo.

D.^a BLANCA. En que es el juego me fundo.

BRAS. Mentís, Branca, y esto es raro.

TERESA. El de las mujeres digo,
que es más costoso.

BRAS. Mentís;

vos, Belardo, ¿qué decís?

BELARDO. Que el hombre de caza amigo
tiene el de más perdición,
más costoso, é infelice :
la moralidad lo dice
del suceso de Acteón.

BRAS. Mentís también, que á mi juicio,
sin quedar de ello dudoso,
es el vicio más costoso
el del borracho, que es vicio
con quien ninguno compite ;
que si pobre viene á ser
de lo que gastó en beber
no puede tener desquite. *(Silba don García.)*

D.^a BLANCA. Oye, Bras ; amigos ea,
abrid, que es el alma mía ;
temprano viene García,
quiera Dios que por bien sea. *(Vase.)*

DON GARCÍA. Buenas noches, gente fiel. *(Dentro.)*

BRAS. Seáis, señor, bien venido.

Sale DON GARCÍA, BRAS, TERESA y DOÑA BLANCA,
y arrima don García el arcabuz al bufete.

DON GARCÍA. ¿Cómo en Toledo te ha ido?

BRAS. Al Conde dí tu papel,
y dijo respondería.

DON GARCÍA. Está bien : esposa amada,

¿no estáis mejor acostada ?
¿qué esperáis?

D.^a BLANCA. Que venga el día ;

esperar como solía
á su cazador la Diosa,
madre de amor cuidadosa,
cuando dejaba los lazos,
y hallaba en sus tiernos brazos
otra cárcel más hermosa ;
vínculo de amor estrecho,
donde yacía su bien,
á quien dió parte también
del alma, como del lecho ;
mas yo con mejor derecho,
cazador, que al otro excedes,
haré de mis brazos redes,
y porque caigas, pondré
de una tórtola la fe,
cuyo llanto excusar puedes.
Llega, que en llanto amoroso,
no rebelde jabalí
te consagro, un ave sí,
que lloraba por su esposo :
concédete generoso
á vínculos permitidos,
y escucharán tus oídos,
en la palestra de pluma,
arrullos blandos en suma
y no en el monte bramidos.
Que si bien estar pudiera
quejosa de que te alejes
de noche, y mis brazos dejes
por esperar una fiera,
adórote de manera,
que aunque propongo á mis ojos
quejas, y tiernos despojos,
cuando vuelves de esta suerte,
por el contento de verte
te agradezco los enojos.

DON GARCÍA. Blanca hermosa, Blanca rama

llena por Mayo de flor,
 que es con tu bello color
 etíope Guadarrama ;
 Blanca, con quien es la llama
 del rojo Planeta oscura,
 y herido de su luz pura
 el terso cristal pizarra,
 que eres la acción más bizarra
 del poder de la hermosura ;
 cuando alguna conveniencia
 me aparte, y quejosa quedas,
 no más dolor darme puedes
 que el que padezco en tu ausencia ;
 cuando vuelvo á tu presencia,
 de dejarte arrepentido,
 en vano el pecho ofendido
 me recibiera terrible,
 que en la gloria no es posible
 atormentar al sentido.
 Las almas en nuestros brazos
 vivan heridas, y estrechas,
 ya con repetidas flechas,
 ya con recíprocos lazos ;
 no se tejan con abrazos
 la vid, y el olmo frondoso
 más estrechos que tu esposo
 y tú, Blanca ; llega, amor,
 que no hay contento mayor
 que rogar á un deseoso.
 Y aunque no te traigo aquí,
 del sol á la hurtada luz,
 herido con mi arcabuz
 el cerdoso jabalí,
 ni el oso ladrón, que ví
 hurtar del corto vergel
 dos repúblicas de miel,
 y después, á pocos pasos,
 en el humor de sus vasos
 bañar el hocico y piel,
 te traigo para trofeos

de jabalíes y osos,
 por lo bien trabado, hermosos,
 y distintamente feos,
 un alma, y muchos deseos
 para alfombra de tus piés ;
 y me parece que es,
 cuando tus méritos toco,
 cuanto os he contado, poco,
 como es poco cuanto ves.
 ¿ Teresa allí ? vive Dios.
 Pues aquí, ¿ quién vive, Bras ?
 Aquí vive Barrabás,
 hasta que chante á los dos
 las bendiciones el cura ;
 porque un casado, aunque pena,
 con lo que otro se condena,
 su salvación asegura.

BRAS.

TERESA.

BRAS.

TERESA.

BRAS.

TERESA.

D.^a BLANCA.

BRAS.

TERESA.

DON GARCÍA.

¿ Con qué ?
 Con tener amor
 á su mujer, y aumentar.
 Eso, Bras, es trabajar
 en la viña del Señor.
 Desnudaos, que en tanto quiero
 preveniros, prenda amada,
 ropa por mi mano hilada,
 que huele más que el romero,
 y os juro que es más sutil,
 que ser la de Holanda suele ;
 porque cuando á limpia huele,
 no há menester al Abril ;
 venid los dos.

(Vase.)

Siempre he oído,
 que suele echarse de ver
 el amor de la mujer
 en la ropa del marido.

También en la sierra es fama
 que amor, ni honra no tiene
 quien va á la corte, y se viene
 sin joyas para su dama.

(Vanse.)

Envídienme en mi estado

las ricas y ambiciosas majestades,
mi bienaventurado
albergue, de delicias coronado.
Y rico de verdades:
envidien las deidades,
profanas y ambiciosas,
mi venturoso empleo,
envidien codiciosas,
que cuando á Blanca veo,
su beldad pone límite al deseo.
¡ Válgame el cielo, qué miro !

Sale DON MENDO abriendo el balcón de golpe, y embózase.

DON MENDO. ¡ Vive Dios, que es el que veo *(Ap.)*
García del Castañar !

Valor, corazón, ya es hecho:
quien de un villano confía
no espere mejor suceso.

DON GARCÍA. Hidalgo, si serlo puede
quien de acción tan baja es dueño,
si alguna necesidad
á robarme os ha dispuesto,
decidme lo qué queréis,
que por quien soy os prometo,
que de mi casa volváis
por mi mano satisfecho.

DON MENDO. Dejadme volver, García.

DON GARCÍA. Eso no, porque primero
he de conocer quién sois,
y descubríos muy presto,
ú de este arcabuz la bala
penetrará vuestro pecho.

DON MENDO. Pues advertid no me erréis,
que si con vos igual quedo,
lo que en razón me lleváis,
en sangre, y valor os llevo.
*(Ap. Yo sé qué el conde de Orgaz
lo ha dicho á alguno en secreto,
informándole de mí.)*
La banda que cruza el pecho,
de quien soy testigo sea.

DON GARCÍA *(Ap.; cáesele el arcabuz.)*

El Rey es : ¡ válgame el cielo !
y que le conozco sabe;
honor y lealtad, ¿ qué haremos ?
¿ Qué contradicción implica
la lealtad con el remedio ?

DON MENDO. *(Ap. ¡ Qué propia acción de villano !
temor me tiene ó respeto,
aunque para un hombre humilde
bastaba sólo mi esfuerzo ;
el que encareció el de Orgaz
por valiente, al fin es viejo.)*
En vuestra casa me halláis,
ni huir, ni negarlo puedo,
mas en ella entré esta noche...

DON GARCÍA. Á hurtarme el honor que tengo :
muy bien pagáis á mi fe
el hospedaje por cierto
que os hicimos Blanca y yo ;
ved qué contrarios efectos
verá entre los dos el mundo,
pues yo, ofendido os venero,
y vos, de mi fe servido,
me dais agravios por premios.

DON MENDO. No hay que fiar de un villano
ofendido, pues que puedo,
me defenderé con éste.

DON GARCÍA. ¿ Qué hacéis ? dejad en el suelo
el arcabuz, y advertid
que os le estorbo, porque quiero
no atribuyáis á ventaja
el fin de aqueste suceso ;
que para mí basta sólo
la banda de vuestro cuello,
cinta del sol de Castilla
á cuya luz estoy ciego.

DON MENDO. ¿ Al fin, me habéis conocido ?

DON GARCÍA. Miradlo por los efectos.

DON MENDO. Pues quien nace como yo
no satisface, ¿ qué haremos ?

DON GARCÍA. Que os vais, y rogad á Dios,
que enfrene vuestros deseos;
y al Castañar no volváis,
que de vuestros desaciertos
no puedo tomar venganza,
sino remitirle al cielo.

DON MENDO. Yo lo pagaré García.

DON GARCÍA. No quiero favores vuestros.

DON MENDO. No sepa el conde de Orgaz
esta acción.

DON GARCÍA. Yo os lo prometo.

DON MENDO. Quedad con Dios.

DON GARCÍA. Él os guarde,
y á mí de vuestros intentos
y á Blanca.

DON MENDO. Vuestra mujer...

DON GARCÍA. No, señor, no habléis en eso,
que vuestra será la culpa:
yo sé la mujer que tengo.

DON MENDO. ¡Ay Blanca! sin vida estoy:
¡qué dos contrarios opuestos!
¡Este me estima ofendido,
tu adorándote me has muerto!

(Ap.)

DON GARCÍA. ¿Adónde vais?

DON MENDO. Á la puerta.

DON GARCÍA. ¡Qué ciego venís, qué ciego!
por aquí habéis de salir.

DON MENDO. ¿Conocéisme?

DON GARCÍA. Yo os prometo,
que á no conocer quien sois,
que bajáredes más presto;
mas tomad este arcabuz
ahora, porque os advierto,
que hay en el monte ladrones,
y que podrán ofenderos
sí, como yo, no os conocen;
bajad aprisa. (Ap. No quiero,
que sepa Blanca este caso.)

DON MENDO. Razón es obedeceros.

DON GARCÍA. Aprisa, aprisa, señor,

remitid los cumplimientos;
y mirad que al descender
no caigáis, porque no quiero
que tropecéis en mi casa,
porque de ella os vais más presto.
¡Muerto voy!

DON MENDO.

DON GARCÍA.

Bajad seguro,
pues que yo la escala os tengo.

¡Cansada estabas, fortuna,

de estarte fija un momento!

¡Qué vuelta diste tan fiera!

¡En aqueste mar, qué presto

que se han trocado los aires!

¡En qué día tan sereno,

contra mi seguridad

fulmina rayos el cielo!

Ciertas mis desdichas son,

pues no dudo lo que veo;

que á Blanca, mi esposa, busca

el rey Alfonso encubierto;

¡qué desdichado que soy,

pues altamente naciendo

en Castilla conde, fui

de aquestos montes plebeyo

labrador, y desde hoy

á estado más vil desciendo!

¿Así paga el rey Alfonso

los servicios que le he hecho?

Mas desdicha será mía,

no culpa suya, callemos;

y afligido corazón,

prevengamos el remedio;

que para animosas almas

son las penas y los riesgos.

Mudemos tierra con Blanca,

sagrado sea otro reino

de su inocencia y mi honor;

pero dirán que es de miedo,

pues no he de decir la causa,

y que me faltó el esfuerzo

(Vase.)

para ir contra Algecira ;
 es verdad ; mejor acuerdo
 es decir al Rey quién soy ;
 mas no, García, no es bueno,
 que te quitará la vida,
 porque no estorbe su intento ;
 pero si Blanca es la causa,
 y resistirle no puedo,
 que las pasiones de un Rey
 no se sujetan al freno
 ni á la razón: muera Blanca. (*Saca el puñal*).
 Pues es causa de mis riesgos
 y deshonor, y elijamos,
 corazón, del mal lo menos.
 Á muerte te ha condenado
 mi honor, cuando no mis celos,
 porque á costa de tu vida
 de una infamia me preservo.
 Perdóname, Blanca mía,
 que aunque de culpa te absuelvo,
 sólo por razón de estado
 á la muerte te condeno ;
 mas ¿ es bien, que conveniencias
 de estado en un caballero,
 contra una inocente vida
 puedan más que no el derecho ?
 Sí, cuando la Providencia,
 y cuando el discurso atento,
 miran el daño futuro
 por los presentes sucesos.
 Mas, ¿ yo he de ser, Blanca mía,
 tan bárbaro y tan severo,
 que he de sacar los claveles
 con aqueste de tu pecho
 de jazmines ? No es posible,
 Blanca hermosa, no lo creo,
 ni podrá romper mi mano
 de mis ojos el espejo.
 ¿ Mas de su beldad ahora,
 que me va el honor me acuerdo ?

Muera Blanca, y muera yo ;
 Valor, corazón, y entremos
 en una á quitar dos vidas ;
 en uno á pasar dos pechos ;
 en una á sacar dos almas ;
 en uno á cortar dos cuellos ;
 si no me falta el valor,
 si no desmaya el aliento,
 y si no al alzar los brazos,
 entre la voz y el silencio,
 la sangre falta á las venas
 y el corte le falta al hierro.

JORNADA TERCERA

Sale el CONDE de camino.

CONDE.

Trae los caballos de la rienda, Tello,
 que á pié quiero gozar del día bello ;
 pues tomó en este monte
 el día posesión de este horizonte.
 ¡ Qué campo deleitoso !
 Tú que le vives morirás dichoso,
 pues en él, don García,
 doctrina das á la filosofía,
 y la mujer más cuerda,
 Blanca en virtud, en apellido Cerda ;
 pero si no me miente
 la vista, sale apresuradamente
 con señas celestiales
 de entre aquellos jarales,
 una mujer desnuda ;
 bella será, si es infeliz, sin duda.

*Sale DOÑA BLANCA con algo de sus vestidos en los brazos
 mal puesto*